





EL LABERINTO
DE LA LIBÉLULA



L. Jorge Pruneda

EL LABERINTO
DE LA LIBÉLULA



Primera edición: noviembre de 2017

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© L. Jorge Pruneda

ISBN: 978-84-16824-76-2

ISBN digital: 978-84-16824-77-9

Depósito legal: M-30096-2017

Editorial Adarve

C/ Marcenado 14

28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

*Dedicado a dos personas
que siempre han sido una fuente de valores
y respeto para sus hijos:
Esther y Angel.
Mis padres.*



El perdón es la fragancia que derrama la violeta
en el talón del que la ha aplastado.

MARK TWAIN

Podrás perder mil batallas,
pero solamente al perder la risa
habrás conocido la auténtica derrota.
HO CHÍ MINH

Nuestro mejor maestro
es nuestro último error

RAMÓN JORDANA



Toda historia tiene una banda sonora escondida entre las palabras, ésta descansa sosegadamente en cada párrafo, en cada diálogo, en cada vivencia y la dota de una callada musicalidad.

Si tú me dices ven — Los Panchos

We are the champions — Queen

Y no regresas — Juanes

Twisted nerve — Kill Bill

Clara — Joan Bautista Humet

Blanco y negro — Malú

Guantanamera — Celia Cruz

Mírame — Orishas

Burbujas de amor — Juan Luis Guerra

Vivir lo nuestro — Marc Anthony y La India

Yesterday — Mantovani

La muerte no es el final — Coro Cantaré

Me dediqué a perderte — Alejandro Fernández

Yo quiero ser — Vicente Fernández

Solamente tú — Pablo Alborán

El sueño de una noche de verano — Félix Mendelssohn-Bartholdy

El sonido del silencio — Simón y Garfunkel

Estoy hecho de pedacitos de ti — Antonio Orozco

Walk of life — Dire Straits

Blaze of glory — Scorpions

La promesa — Melendí

Chan-chan — Compay Segundo



Un viaje,
un amor perdido,
una ilusión por vivir,
un zapato que vuela,
un infierno que llega,
la lucha por la supervivencia,
soledad
y luego,
el silencio.



1.

La mirada silenciosa de la rosa

Muchos emplean la mitad de su vida
en hacer miserable la otra mitad.

BENJAMIN FRANKLIN



A veces, tras percibir breves indicios, tu mundo interior se tensa y sin motivo aparente te hace sentir alerta. Son momentos en los que te muestras especialmente receloso, atento a todo lo que ocurre a tu alrededor. En ese instante, el superficial tapiz de vello que envuelve tu piel se eriza en una inequívoca señal de alerta.

San Juan del Valle, hoy

En el interior de la casa se ha instalado un pesado silencio, uno de esos silencios que parece extender su densidad como si fuera una niebla compacta y fría.

Las agujas del reloj de cuco dibujan de forma distraída un perfecto ángulo recto para indicar las seis y cuarto de la tarde. El sonido del tic tac parece marcar un ritmo en suspenso, a la manera de un metrónomo olvidado en cualquier rincón del salón. A su compás, los minutos simulan pasar irremediamente lentos, tal y como lo hacen las hojas de ese libro que se despliega ante tus ojos y no te apetece leer.

Tras la ventana, se puede observar la imagen de la calle, que se muestra húmeda y brillante. En el exterior apenas hay cinco grados de temperatura, que, combinada con una brisa sibilina, hace que el tórrido frío penetre poco a poco en los huesos de los viandantes.

Las gentes recorren las estrechas aceras con los cuellos de sus abrigos levantados, a la vez que muestran un gesto encogido por el frío, que les hace caminar ligeramente encorvados hacia adelante. Desde la panorámica que ofrece la ventana del segundo piso, semejan ser animadas hormigas que vienen y van afanadas en sus quehaceres cotidianos. Unos, levantando la mano a cierta distancia, se saludan sin detenerse; otros recorren los viales ocupados en sus propios mundos, mundos tan pequeños que caben en la pantalla de un teléfono móvil. Todos ellos interesados en lo que puede suceder en cualquier parte del universo. Todos ellos ajenos a lo que acaba de suceder en el segundo piso de un céntrico edificio de su propio pueblo.

Un hombre mira al frente con el gesto cansado y extrae del bolso interior de su chaqueta un paquete de cigarrillos, con parsimonia enciende uno de ellos. Pega una amplia calada mientras observa, perdida entre las nubes, como la luz del día va dejando paso a la recia oscuridad de la noche. Las farolas del

alumbrado público se encienden de pronto, se van calentando poco a poco dispuestas a realizar su tarea diaria. Lo hacen proyectando oscuras sombras que persiguen incansablemente a sus dueños, éstas se arrastran por el suelo de forma sinuosa sin llegar a alcanzarlos. Su luz proyectada, por mucho que lo intenta, no consigue diluir la tristeza de esta noche.

Luces y sombras.

Sombras y luces.

Cruel combinación que refleja la trayectoria errante de una vida que amenaza con irse de este mundo para siempre.

La mañana se despertó plomiza. Gris.

La niebla parecía querer envolver los tejados de las casas con ese manto grisáceo que tan bien conocen los asturianos. Con el paso de las horas la bruma decidió descender en cascada, lo hizo lentamente deslizándose desde lo alto de los acantilados hasta dejarse morir sumergida dulcemente entre las olas del mar.

Más tarde, el sol orgulloso y erguido, esquivando el envite de las nubes lució su resplandeciente esplendor. Él siempre se muestra elegante en sus formas. Él sabe que es el rey de la luz.

A esta hora de la tarde, con resignada, pero sin embargo, acostumbrada indiferencia, los habitantes de San Juan del Valle presagian que la noche traerá una nueva helada, una más de las muchas que ha acarreado hasta el pueblo el ya gastado invierno.

Ruidos de motor se entremezclan con palabras entre murmullos. Palabras que se gritan. Una puerta resuena y se cierra con demasiada violencia. El sonido de la música del televisor se va a través de la puerta de una sidrería.

Y de este lado de la ventana, el silencio.

Sí, en la casa impera un extraño silencio.

No se escucha susurro alguno. No se escucha ni un suspiro. El mutismo es tal, que en realidad lo que presagia es una falsa calma. Sólo se escucha una insoportable mudez. Calma rota solamente por los desgarradores gritos del silencio. Gritos que en sí mismos delatan que algo grave acaba de suceder.

La televisión, al igual que las farolas de la calle, impregnan de luces y sombras las desnudas paredes del salón. Permanece en paz, sumada a aquella dimensión confusa, testigo mudo del instante. Se suma así, discreta y conspiradora, a la idea de no importunar el momento.

Sobre el gélido mutismo de la casa resalta con fuerza la luminosidad blanquecina que emana desde la cocina, enmarcando la puerta con un haz de luz

deslumbrante. De forma más tenue, se percibe otro brillo menos intenso que surge de la habitación del fondo del pasillo.

Resplandor. Destellos de vida.

Oscuridad. Fulgores de muerte.

Vivaces visos inertes sobre la oscuridad del instante.

Indicios mudos que gritan de forma desesperada.

Vestigios intrincados de frío, luz y sigilo.

Una cocina que se muestra extrañamente revuelta y desordenada.

Impera el desorden, donde debería reinar la alegría. Las sillas tapizadas en piel blanca están volcadas sobre el suelo, con las patas metálicas apuntando hacia el techo en figuras carentes de forma. Trozos de pan esparcidos sobre la mesa. Una bolsa de plástico hecha jirones desparrama su contenido sobre las baldosas. Envases de yogures rotos, hojas de lechuga extendidos por todas partes, deshojadas como un ramo de flores natural que hubiera sido arrojado con furia, cabezas de ajo, todo estampado de manera insultante, conformando un macabro bodegón de naturalezas muertas a los pies de la lavadora que, con una luz verde, parpadeante, indica al viento que ya ha acabado su programa de lavado. Aquella luz simula una señal de alarma silenciosa, mucho más allá de su función. Una alarma que nadie oye, ni nadie ve. El color inmaculadamente blanco de la lavadora ha sido profanado por un amenazador rastro de sangre, que gotea hacia el suelo describiendo un ángulo descendente.

Son gotas de color escarlata que reflejan la huella del dolor.

Es sangre que cae de manera lenta, indolente, acusadora.

La mesa de la cocina ha sido empujada de su lugar original, sumándose al desorden existente. El frutero de barro se ha fracturado en más de una docena de pedazos. La fruta que contenía está ahora esparcida sobre el suelo formando un anárquico mosaico de colores. Una naranja, que parece haber querido huir asustada de la dantesca escena, ha rodado buscando un camino a ninguna parte. Pero no ha podido lograrlo. Su andanza finaliza de manera funesta al lado de un cuerpo que se muestra inquietantemente inmóvil. Una inútil nota de color en una escena de negros tintes. Entre toda aquella abundancia de objetos y materiales fuera de lugar, tan sólo puede distinguirse el caos. Y en su centro, Laura.

Laura.

Allí está Laura.

La pequeña Laura.

La alegre Laura. Siempre jovial. Siempre humilde.

Sí, allí está en el suelo.

Amoratada.

Imperceptiblemente temblorosa, como un animal herido.

Entumecida, desencajada y abatida.

Sola.

Laura, extendida sobre el suelo como una muñeca rota y abandonada. Un dolor sordo y agudo se aferra a sus entrañas desdibujando su silueta, que se confunde entre las sombras del mobiliario como si fuese un objeto inanimado más. Tan absurda y tan penosa como la historia que cuenta la escena sin necesidad de palabras.

Su extensa melena negra como el carbón fue alisada en la mañana y compuesta en un recogido sobre la nuca. En este instante cae formando una inexplicable cascada sobre los hombros, enredada y desordenada. Un indisciplinado mechón se ha liberado para convertirse en un trágico parche pirata que tapa su cerrado ojo derecho.

Negro sobre azul.

Sueños rotos de príncipes y princesas.

Una cabeza descansa sobre el frío suelo.

Un beso que no llegará a tiempo para posarse sobre unos labios inertes.

Fiel reproducción en carne y hueso de la Bella Durmiente.

Dolor en un alma que se escapa.

Un cuento de hadas que nunca fue y ya no podrá ser.

Una ráfaga de aire, virulenta y silenciosa, mueve el visillo de la ventana que ha quedado entreabierta. Si alguien observara desde el exterior, a su movimiento podría descubrir en la estancia un cuerpo tendido boca abajo, simulando la muerte de los sentidos.

Y a su alrededor, sangre, sólo sangre.

Sangre que sale calladamente del brazo derecho que forma una imposible parábola. Restos de masa ósea que se mezclan con la manga del vestido formando lazos color escarlata.

Sangre y lágrimas.

Lágrimas y sangre. El combinado preferido por la violencia.

Sangre que hace unos minutos llenaba de vida aquel cuerpo de mujer.

Lágrimas saladas que descansan sobre el suelo.

Sangre que fluye sobre su ceja derecha.

Lágrimas que han dejado de manar.

Sangre que huye cobardemente invitando a la vida a iniciar un triste peregrinar, y con él, abandonar para siempre aquel maltrecho cuerpo.

Lágrimas y sangre. Vida y muerte, dolorosa mezcolanza.

Allí está Laura.

Ella que siempre se mostró dispuesta a ayudar a los demás, ahora está... Sola. Indefensa. Insegura. Fría.

Lleva un vestido azul sembrado de primavera con diminutas flores blancas. La prenda se muestra revuelta y desordenada, mientras perfila su cuerpo dejando al descubierto unas largas piernas revestidas por finos pantis rotos a la altura de la rodilla en desgarrones que recorren el muslo. Sólo su pie izquierdo calza un zapato de fino tacón, el otro zapato se muestra amenazador, desafiante. Está situado al lado de la cabeza, manchado de un espeso líquido color rojo intenso. Salpicado con la humedad de su propia sangre.

Desde un jarrón que se ha salvado del drama, una rosa de pétalos rojos silenciosamente callada la mira con ternura infinita. Es una inverosímil nota de belleza en medio de la tragedia, un fogonazo de vida entre tanta desolación. Quizás ha quedado intacto sólo para ofrecer una imagen de esperanza donde ahora sólo hay destrucción. Laura, ilusionada, ha ido a comprarla en la mañana al salir de la peluquería. La escogió con especial cuidado, de entre los innumerables ramos que decoraban la floristería con su eterno color de amor, buscando la que fuera más hermosa, con los pétalos perfectos y tímidamente entreabiertos. La dependienta de la tienda quiso engalanar la flor con un tapizado de boje color verde y fina paniculata blanca. La joven, con su eterna y delicada sonrisa se opuso a la idea, a la vez que pidió que la envolvieran sin adornos, para que destacara con fuerza simplemente por la sencillez de su belleza. Al llegar a casa la depositó con mimo en el propio jarrón, a la espera del momento adecuado para regalársela a su marido. Era su detalle de mujer enamorada en un día especialmente indicado, un detalle sencillo y sincero. La flor del amor.

Sí, hoy es un día señalado. Un día cuya celebración se remonta a la ya lejana civilización romana, cuando el imperio era dominado por el emperador Claudio II. Un círculo rojo sobre el número catorce del calendario indica que hoy es San Valentín, día de los enamorados. Un día comercial para muchos descreídos. Pero para otros, como Laura, un día especial.

Sólo ella sabe con cuánto anhelo ha deseado esta fecha.

Desde primera hora de la mañana, ha dedicado ilusión, fuerzas y anhelo en arreglarse. Quería estar especialmente bella para cuando su marido llegase a casa del trabajo. Quería que todo estuviera perfecto. Quería ser perfecta para él.

Alex.

Apenas roza la treintena.

Atlético. Cautivador. Amigo de sus amigos. Líder nato. Seductor.

Su Alex, como a ella le gusta decir con cierto tono no exento de orgullo femenino.

Él, su verdugo.

En su vespertino presentimiento ella tenía razón, la jornada se ha convertido en un día señalado. Un día fatalmente señalado.

Por un breve instante se aprecia un parpadeo en la luz de la habitación del fondo. En el lúgubre deambular por el pasillo de la vivienda, se pueden percibir aún más restos de la tragedia, todos esparcidos por el suelo, conformando un reguero de señales. Una figura de porcelana blanca está partida en diminutos añicos hasta convertirse en un puzle sin solución. Demasiadas piezas se han roto, y otras se han perdido para siempre.

Silencio.

No, ya no hay silencio.

Este se rompe de repente esparciendo ondas de sonido por toda la casa. Algo se escucha. Es apenas un imperceptible susurro que emana desde la habitación del fondo. Parece una exclamación callada, tal vez un gemido gutural de animal herido ahogado en su sufrimiento, un sollozo que viene y va en una cadencia sinuosa.

Allí está Alex, sentado en el suelo de la habitación. Abatido. Solo. Con el pelo enrevesadamente revuelto. Una de sus manos no deja de frotar la cabeza, en un movimiento convulsivo que recuerda a los gestos de un autista al que se molesta en su espacio vital. Agarra mechones de pelo para, a continuación, dejarlos escurrir como agua entre sus dedos. Se mueve imperceptiblemente hacia adelante y hacia atrás, como si rezara a sus propios demonios internos. Su mirada color avellana se muestra perdida en un lugar infinito, tal vez inexistente. Esgrime un objeto de tonos malva entre sus dedos. En su temblorosa mano izquierda sostiene el diario que, día a día, Laura ha ido tejiendo a base de sucesivas emociones y penosos naufragios.

Lágrimas peregrinas surcan mansamente su enrojecida mejilla.

«¿Por qué? ¿por qué?», se pregunta una y otra vez. Al no encontrar una respuesta alejada de su cruel responsabilidad, se desespera.

Mira al techo. Allí tampoco encuentra respuestas.

No entiende nada. Tampoco hace nada por entender.

Se ha convertido en un ser errante que navega perdido entre la niebla del barco de sus propios pensamientos.

Una vez más ha perdido el control sobre sus acciones.

Una vez más ha perdido el control sobre sí mismo.

Respira profundamente al darse cuenta de la realidad, y ésta pasa por el hecho de que Laura se encuentra en la cocina tirada en el suelo y él es el único responsable.

Pestaña cerrando por un segundo sus párpados, como un muñeco mecánico. Se siente inconsciente de sus actos, pero plenamente consciente de cómo todo ha comenzado; lo ha llevado a cabo con el mismo desprecio como quien machaca la vida de un repugnante insecto. Lo hizo de manera cruel. Salvaje. No se detuvo hasta dejar a Laura tirada en el suelo hundida en aquel mísero escenario, hasta asegurarse de que ya no se movía. De que no le podría oponer ni la más mínima resistencia ante su rabia desmedida.

Alex respira con ansiedad mal controlada.

El aire se niega a entrar en los pulmones.

Con gesto suave, casi con mimo, deposita el diario en el suelo.

Una vez más se restriega la cabeza, pretendiendo con ello despejar una densa nube que atenaza sus ideas y le impide pensar con claridad.

¿Claridad?

Sí, como un rayo de luz al amanecer asoma un atisbo de lucidez dentro de la confusión de su mente y de sus actos. Claridad para entender aquellas palabras que unidas en versos evoca su mente. Claridad para entender lo que hasta ese momento no supo comprender.

Claridad para sentir que es el verdugo y que con sus actos incontrolables ha hecho realidad ese *Aria de luto* que Buesa, el poeta enamorado, escribió hace ya algún tiempo.

Ahora entiende el poema. Sí, ahora, en medio del caos en el que se ha convertido su vida.

No recuerda haber leído esos versos en el diario de Laura. ¿Realmente estaban allí escritos?

No lo sabe, nunca llegará a saberlo.

Sólo sabe que resuenan una y otra vez en su alma atormentada...

*Tendrá que suceder, hoy o mañana,
en cualquier parte y de cualquier manera,
—puede ser que bajando una escalera
o puede ser que abriendo una ventana.*

*Sucedirá tal día de semana,
sencillamente, sin llover siquiera,
en el banco de un parque en primavera
o en un hotel de una ciudad lejana.*

*Así sucederá, como un espejo
que se queda de pronto sin reflejo,
porque crece la sombra o porque sí.*

*Irá de puerta en puerta un viento loco,
y tú también te morirás un poco
con algo tuyo que se muere en mí...*

Llega un nuevo instante de lucidez a su mente. Abre los ojos y aprieta los labios con determinación. Introduce la mano en el bolsillo y extrae el teléfono móvil para marcar el número 112. Escuchando los tonos espera que descuelguen al otro lado, mientras lo hace, impacientemente ahoga un nuevo suspiro entre sus labios. Se siente aplastado bajo la losa del sórdido momento que él mismo ha provocado.

Un tono.

Dos.

Tres tonos... Su sonido agudo le recuerda lejanamente a una máquina de hospital. La sensación de ahogo crece.

Al cuarto tono, surge una voz de mujer.

—112 Asturias, ¿en qué puedo ayudarle? —la expresión suena neutra aunque amable.

Esa simple pregunta repiquetea en su cabeza proyectada desde una cercana lejanía, rebotando en cada esquina de sus pensamientos. En su mente se condensa una desagradable sensación de sopor, como si de un mal sueño se tratase. Parece que la pregunta escuchada no está dirigida a él.

Responde.

—Por favor... Envíen una ambulancia urgentemente al... al número 6, 2º derecha de la calle Independencia, en... en San Juan del Valle. Mi mujer se encuentra mal —farfulla con voz entrecortada.

—Señor... ¿Qué le ocurre a su esposa?

—...

—Señor, ¿está usted ahí?... Espere un momento, le ponemos en contacto con el SAMU. Un médico atenderá su llamada —indica la operadora.

—¡Nooo...! ¡No quiero hablar con nadie! ¡Envíen esa jodida ambulancia de una puta vez! —su voz taladra el silencio con el tono de un aullido.

—Señor, por favor. Espere.

—...

—¡No cuelgue!

Alex hace caso omiso de la petición.

Su dedo pulgar aprieta con inquina el botón rojo de su teléfono. Este, obediente, da por finalizada la conversación. Él siempre decide cómo y cuándo acabar una conversación. De forma sorprendentemente rápido lanza el aparato contra la pared. El golpe resuena como un trueno, rompiendo la quietud existente.

Cuando el teléfono se estampa contra el armario de cerezo, el hombre percibe cómo en el pecho se forma una paliativa sensación de alivio. Con deleite salvaje deja escapar una sonora carcajada al ver cómo el aparato se convierte en pedazos sobre el suelo. Sus hombros tiemblan ahogando una nueva carcajada, pero a ésta se niega a dejarla salir. Su mirada confundida y turbia se queda nuevamente vagando en el abismo de ese infinito incierto.

Con movimientos pausados recoge del suelo el diario de Laura. Agudiza los sentidos. Quietud en toda la casa. Se pone en pie. De forma parsimoniosa se encamina por el espacioso pasillo hasta el habitáculo reservado a cocina. Caminando entre la oscuridad, el haz de luz blanca de la cocina le sirve de guía a la vez que le deslumbra.

De nuevo la angustia se propaga a borbotones dentro de su pecho en forma de remordimiento. Evita pisar los trozos de teléfono. Uno de ellos cruje ruidosamente bajo sus pies... A ese no ha podido eludirlo. En su camino nuevamente encuentra los trozos de porcelana, que intenta apartar con un movimiento del pie. El ruido que hacen al chocar contra el zócalo es hueco y sordo.

Entornando la mirada observa desde el umbral de la puerta.

Mira a Laura. Su Laura. Su propiedad.

Ésta no se mueve.

Los ojos del hombre nuevamente se vuelven negros. Se llenan de lodo.

Los cierra de nuevo con fuerza.

Al abrirlos, expectante, desea que el cuerpo ya se haya levantado y todo haya sido fruto de un mal sueño. Que ella nuevamente le mire y le sonría. Como si nada hubiera ocurrido.

Pero no es así.

El cuerpo sigue allí inmóvil.

Su respiración se entrecorta. La pesadilla continúa.

Se queda absorto mirando la escena. Piensa...

«¿Cuánto tiempo ha pasado? ¿medio minuto? ¿media hora?»

Se encoge de hombros.

No lo sabe. No lo sabrá nunca. No sabe tampoco si la respuesta le importa.

Intenta avanzar, pero sus pies están firmemente anclados al suelo.

Presta atención a los ruidos de la calle. El ronco graznido de las gaviotas le permite abstraerse del momento. Mira a través de la ventana de la cocina. La vespertina luna le saluda con tristeza.

Vuelve a intentar avanzar. Imposible. Es incapaz de moverse.

Escucha pasos que resuenan en la escalera del edificio. Su aletargada mente reacciona. Sin recibir orden alguna del cerebro, los pies libremente han decidido volver a avanzar. Inicia un lento recorrido que finaliza junto al cuerpo de Laura. Es un recorrido de apenas un metro, que tarda en recorrer toda una eternidad.

Se agacha situándose al lado de la joven. Le alisa el vestido con gestos muy lentos, como si temiese hacerle daño. Con movimientos suaves separa el cabello del ojo derecho de su mujer. Acaricia la pálida mejilla una y otra vez. Delicadamente, procurando no tocar la herida de la que sigue manando un sinuoso hilo de sangre.

Susurra.

—No me dejes Laura, ¡no me dejes! —implora con voz en llanto.

Traga sus propias lágrimas. Se niega a llorar, esta vez no hay lágrimas que derramar. Solo rabia. Rencor hacia sí mismo. Aversión contra su padre. Rechazo hacia las mujeres. Resentimiento contra el mundo. Rabia. Hacia todo y hacia todos, sin excepción. En realidad, todo ello no es nuevo, no deja de ser la historia de su vida que se repite en su cabeza una vez más.

Un tosco ruido le abstrae de la situación de odio generalizado en la que se ha envuelto su alma y que, como un mantra, disimula su negro mundo. Es un sonido modelado a base de golpes secos y ronroneo cadencioso de un motor en la calle.

Lo escucha en segundo plano, sin pensar en nada más. Una oscura sombra se alarga sobre su cara. Frunce el ceño. Acentúa la mirada. Encoge las aletas de la nariz. Contrae las mandíbulas. Se concentra en él, aislándose así de su propia realidad. Por un instante consigue alejarse del martirio de su propia vida.

La rutina en la calle sigue su curso arrollador.

No se detiene ante nadie.

No se detiene por nada.

Al igual que las golondrinas siempre vuelven a su nido, las cavilaciones regresan de nuevo con fuerza a su cabeza. Lo hacen con severidad absoluta. Al centrarse en sí mismo, en sus circunstancias, se juzga de manera implacable. Él... Sí él, que ha vivido la vida mostrándose indolente y superior a los demás, ahora se siente perdido, solo, abandonado. Insignificante.

Despega los labios para balbucear.

—No..., yo no soy como mi padre —niega con la cabeza de modo convulsivo, intentando convencerse de una verdad que ni él mismo cree.

Al escucharse cierra una vez más los ojos, como si la falta de visión fuese a liberarle de las imágenes que su propia mente le proyecta.

Los golpes en la calle se interrumpen.

Abre los ojos.

El motor acelera.

Escucha.

El conductor realiza un doble embrague al motor antes de meter la segunda marcha. Es el camión de la basura, que una vez cumplida su misión ya se va.

El vehículo sobrepasa la primera curva del pueblo y antes de llegar a la doble intersección se detiene de manera inopinada con un chirrido de frenos. De forma estremecedora, una mezcla de sonidos de sirenas rasga la joven noche. Reflectores de colores entremezclan el color naranja y azul. Cada uno surge de una calle distinta.

Los operarios de la limpieza se escudriñan con el reflejo de la extrañeza reflejada en sus rostros cariacontecidos. Saben que algo grave ha tenido que suceder para que se produzca esa escena. San Juan del Valle es un pueblo tranquilo donde nunca ocurre nada.

Antes de continuar con su ingrato trabajo comentan el hecho en frases breves y con la sombra de la duda sembrada sobre sus especulaciones. A continuación, se encogen de hombros con fingida indiferencia y continúan sus quehaceres. Al fin y al cabo, no es algo que les afecte directamente. La misma frase repetida hasta la saciedad por el egoísmo general.

Alex escucha las sirenas. Se observa reflejado ante el espejo. Retira un mechón de pelo que cubre su frente mientras se alisa la camisa y trata de volver a meterla dentro del pantalón con gestos torpes y mecánicos. Distingue cómo los coches de emergencias aparcen ante el portal. Se siente tan confuso como un kamikaze en la autopista que se lamenta de que los demás coches circulen en sentido contrario al de su marcha... «Tengo la sensación de que algo me ha sido arrebatado». Con los ojos entrecerrados por el desconcierto mira hacia la calle a través de la ventana.

«¿Qué he hecho mal? ¿Por qué pasa todo esto?».

Solo el brillo de sus lágrimas le responde.

Por un momento, tiene la sensación de que la casa se cierra sobre su cabeza, precipitando el techo y aproximando a su cuerpo las paredes de forma progresiva y sin retorno, como si menguara o simplemente quisiera devorarlo. Una intensa sensación de mareo recorre su presente.

En ese mismo instante y ajeno a todo, un niño llora con fuerza en la sala de partos de algún hospital próximo, abre la boca en busca de una oleada de oxígeno que a su paso parecen quemar sus noveles pulmones. La vida comienza para él.

Para otros... Para otros la vida parece que se acaba de forma prematura, y cuando una vida se va, siempre hay alguien que en silencio llora su ausencia.

Vivir. Morir.

Sucumbir. Existir.

La vida sigue, siempre sigue. Puede cambiar de color como los camaleones, pero sigue en un ciclo sin fin.